

Contencioso en república playera



ANICETO
VALVERDE
CONESA

Uno de estos domingos a mediodía no cabía un alfiler en la playa, lo que es enteramente lógico en este país y en estos meses que está punto de finalizar para dar paso a la depresión postvacacional. Pero cuando se alude a la playa no sólo se está uno refiriendo a la arena de la misma, que sí que es mucho más natural que se encuentre totalmente cubierta de sombrillas multicolores y gente achicharrándose bajo el sol, sino que estamos hablando de que en el mar tampoco cabía un solo bañista más y la gente que por esta razón no se podía bañar se agolpaba en la orilla chillando y haciendo gestos de mal humor dirigidos a los que estaban bien fresquitos en el agua, algunos de los cuales replicaban en el mismo o peor tono. De este modo se formaron esos dos bandos:

los que no querían salir del agua y los que reivindicaban su derecho al baño.

La cosa empezó a ponerse fea cuando los de tierra, sin dejar la escalada verbal, comenzaron a lanzar objetos sobre los, llamémosles así, 'de la mar', cosas como melones y sandías al principio a brazo y luego desde improvisadas catapultas hechas con varillas de sombrillas, para pasar después a las propias puntas de las mismas a modo de jabalinas y otras armas. Pero los bañistas no se arredraron y confiscándole al pobre muchacho que los cuidaba los patines de playa formaron con ellos una escuadra perfectamente dotada de armas tales como las anclas, mástiles y drizas arrebatadas a las barcas varadas. Asimismo se intentó unir a ellos un motorista acuático alegando que estaba dispuesto a batirse en justa lid a modo de torneo medieval con el que designaran los 'terrestres'. Pero la idea fue descartada porque no había espacio material en el agua para dejar pasar al voluntarioso motorista. En el otro bando ocurrió

tanto de lo mismo con un conductor de quad, una de esas motos de cuatro ruedas con diseño futurista reforzado por la indumentaria del piloto con casco y sobre el cuerpo una especie de armadura. Hubiera sido digna de ver esa competición, que no fue posible por las razones técnicas ya apuntadas y debido a que la Guardia Civil ya había hecho acto de presencia en un helicóptero desde el que se llamaba a la calma y al cese de las hostilidades. Pero la paz no llegó hasta que la Benemérita desplazó al terreno a uno de sus expertos mediadores, uno de esos que han estado en misiones internacionales batiéndose el cobre entre tribus rivales. Les hizo ver a los bañistas que en algún momento tendrían que salir del agua para comer o dormir la siesta por más calor que hiciera, argumento en el que no habrían pensando ofuscados como estaban en una contienda sin sentido. Sólo ha habido que lamentar daños en el equipamiento playero de algunos y el hundimiento de una pequeña embarcación de recreo.